



• DIVAGACION •  
CONCENTRICA

# EL NAUFRAGIO DE DON QUIJOTE

... y de aquello" tomo II

CARDUCCI escribía una vez—en *Mosche cochiere*—que «en el concilio olímpico donde se sientan Dante y Shakespeare, hasta España—*anche la Spagna*—, que jamás tuvo hegemonía de pensamiento, tiene su Cervantes, y este mismo Carducci hablaba—en *Del rinnovamento letterario in Italia*—de «las contorsiones de la afanosa grandiosidad española—*i contorcimenti dell'affannosa grandiosità spagnola*—. Y estas contorsiones, ¿no tendrán algo que ver con aquella, real o supuesta, falta de hegemonía del pensamiento español durante la Historia? ¿O no habrá que buscar esta hegemonía en aquellas contorsiones?

No ya un italiano como Carducci, sino un francés como Renan, y un francés científicista, que rindió culto dogmático al escepticismo, en su libro sobre el porvenir de la Ciencia—*L'avenir de la Science*—nos decía de «cuando se piensa que el trabajo intelectual de siglos y de países enteros, de España, por ejemplo, se ha consumido a sí mismo por falta de un objeto substancial...» Renan nunca quiso a España; era acaso uno de los valores históricos que un Renan no podía llegar a comprender, y menos a gustar. Aunque es cierto que a él, bretón, eriado cara a Inglaterra, le pasaba con ésta lo mismo, y en el ya susomentado libro, entre otras partes, nos dice que no sabía si inglés alguno, excepto acaso Byron, ha comprendido de una manera de veras profunda la filosofía de las cosas.

¿La filosofía de las cosas? ¿Qué filosofía es ésa y en qué se diferencia de otra alguna, la de las ideas, por ejemplo? ¿Y no será que el inglés, y a su modo el español también, han comprendido más la filosofía de las cosas que no la de las ideas? ¿No está la filosofía española, así como la inglesa, en su literatura—y más especialmente en su teatro y su novelística—y no en su ciencia o en lo que por especialidad y antonomasia se llama *filosofía*? Y así, será de cosas, de especies concretas e individuales, y no de ideas, de especies abstractas y generales. Porque en cuanto a las obras de literatura en Francia, el mismo Renan, y en la misma ya citada obra, decía que son elegantes y finas charlas—*causeries*—morales, jamás obras majestuosas y científicas. ¿Científicas? Matthew Arnold le replicó a su modo con aquel verso de su soneto, verso que quiero dejar sin traducir, y que dice:

France, famed in all great arts, in none supreme.

Sigamos con Renan y con España. Nos dice que al entrar en el Louvre en las salas del museo español, hay, sin duda, placer en mirar de cerca tal cuadro de Murillo y de Ribera—él, el erudito, escribe *Ribera*, recordándonos al sabio aquel Poganel de Julio Verne, que aprendió portugués por español.—Y añade: «Pero hay algo más hermoso aún, y es la impresión que resulta de estas salas, de la postura ordinaria de los personajes, del estilo general de los cuadros, del colorido dominante. Ni una desnudez, ni una sonrisa. Es España que vive allí toda entera.»

*Pas une nudité, pas un sourire*: ¡ni una desnudez, ni una sonrisa! ¡Pase lo de la sonrisa!... Acaso sólo el *Quijote*... Pero, ¡no, no! El *Quijote* no es una sonrisa; más una mueca. O mejor, una risa trágica; la única risa trágica de la vida toda del espíritu humano en la Historia. Y por eso llegamos a ella, a la hegemonía de pensamiento—o llegaremos, que es igual—. La unicidad de esa risa trágica, de esa risa que se ríe de sí misma, nos llevará a la hegemonía del espíritu, no ya del pensamiento, español. Y vamos a la desnudez.

Hay dos desnudeces: la del cuerpo y la del alma. Y cabe desnudar el cuerpo para encubrir el alma. Como, por la inversa, cabe revestir el cuerpo para desnudar el alma. ¿Es que cualquier Apolo en pelota nos ofrece su alma más al desnudo que el Menipo o el Esopo velazquianos vestidos de sus harapos? ¿No es aquel Menipo embozado en su vieja capa española, hermano de los pícaros de nuestra novela, un verdadero cínico, esto es, perruno, como el Menipo helénico que hacía profesión de des-

nudarse y desnudar a los demás el alma, donde tantos andaban tan a menudo con el cuerpo desvestido del todo? Según Luciano de Samosata, Menipo exigió a Damascias el atleta, cuando iba a pasar el pasaje del otro mundo, que se desnudara hasta de sus carnes para llevar más en desnudo el alma. Que la suprema desnudez espiritual, de no ir vestido, es acaso quedarse en esqueleto. Y en cuanto a esto, basta ver nuestros Cristos españoles... Por un resto de pudor mundano, unas faldillas cubren las vergüenzas del esqueleto, apenas revestido de carne torturada. ¿Habrá sentido y comprendido y menos gustado esta desnudez Renan?

Si, Carducci anduvo en lo justo al salvar de la falta de hegemonía intelectual de España por lo menos Cervantes, o mejor el *Quijote*, esta sonrisa. Pero ¡sonrisa, no!—lo hemos dicho—, sino

risa, risa trágica, risa que se ríe de sí misma y se disuelve en infinito duelo de tristeza. Si el Zeus homérico hubiese oído sus propias carcajadas, aquellas con que hacía estremecer al mundo, ¿qué habría pasado? Acaso la anticipación del cristianismo, que tampoco es una sonrisa.

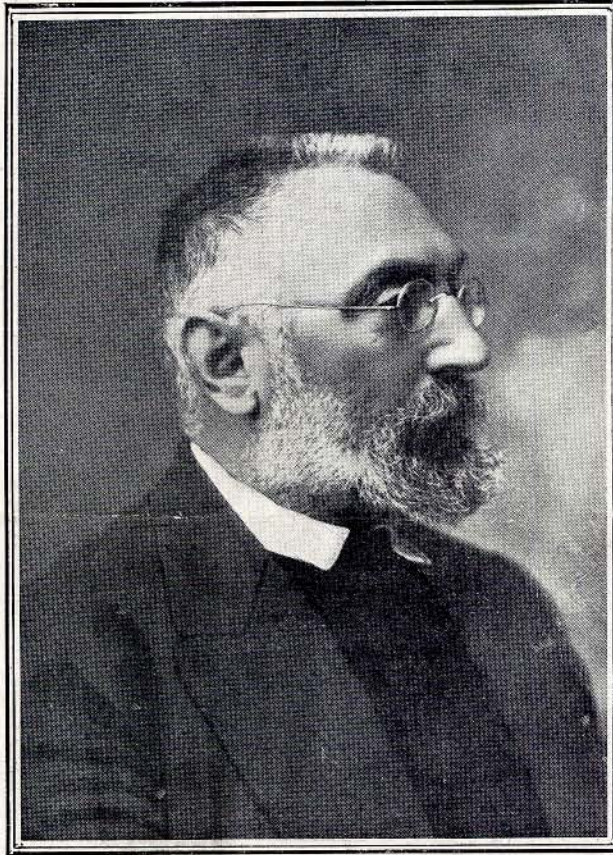
En 1604, a lo que se cree, apareció por primera vez Don Quijote en los campos de la Mancha, tierra adentro, donde ni se oye el rumor de las olas ni se huele el salitre de las brisas del mar; un siglo y una docena de años antes habían descubierto los españoles que hicieron a Don Quijote el Nuevo Mundo. Con Colón, con Vasco Núñez de Balboa, con Cortés, con Pizarro, fué acaso algún hermano de alguno de los abuelos de Alonso Quijano el Bueno. Cuando se escudriñe más y mejor en nuestra historia íntima, se vendrá en conocimiento de algún tío que Don Quijote tenía en las Indias Occidentales.

Cuando él, Don Quijote, embarcó (parte II, cap. XXIX), tierra adentro, en el barco encantado de un río castellano, era para ir, como Colón al embarcarse en su carabela, a las Indias Orientales si era caso. De las otras, de las Occidentales, no dice nada, y al siglo largo de haberlas descubierto Colón y luego de haberlas conquistado caballeros andantes, los más esforzados de ellos de tierra adentro, extremeños, como Cortés y Pizarro y Orellana, ¿no llevaban dentro de sí la nostalgia del mar infinito?

Naufragaron Don Quijote y Sancho «en el raudal y canal de las ruedas», en el caz del molino de la acaña, ¡en un río! ¿No habría naufragado alguno de sus tíos camino de las Indias Occidentales? Y aquella bajada de Francisco de Orellana, Marañón abajo, a lo desconocido, como la

que años más adelante, en 1559, hizo por el mismo río Pedro de Orsúa—y donde se reveló aquella formidable y magnífica bestia humana que fué Lope de Aguirre, no tan conocido como debiera serlo—, ¿no son aventuras perfectamente quijotescas, de tierra adentro?

Algún día se escudriñará mejor que hasta hoy la relación entre la invención del Nuevo Mundo y la bajada de Don Quijote a España, y cómo aquella fué, más que causa, anuncio y profecía de ésta. Y cuando eso se escudriñe con el más apretado y penetrante escudriño, se vendrá a concluir que la hegemonía—futura, por supuesto—del pensamiento español, escriba en unir la bajada de Don Quijote a España con la invención del Nuevo Mundo de las Indias Occidentales. Y esto se une en la lengua en que Don Quijote exclamó: *¡Yo sé quien soy!*, que es la misma lengua en que el 12 de octubre de 1492 gritaron los españoles, frente al Nuevo Mundo. *¡Tierra! ¡tierra!*, debió de ser el grito de aquellos náufragos—¿qué otra cosa, en el fondo, eran?—de España. Y aquel descubrimiento fué, sin duda, el naufragio de España, el naufragio de Don Quijote; de esta España a la que se le niega cualquier hegemonía de pensamiento, y de cuyo trabajo intelectual se dice que se ha consumido a sí mismo por falta de objeto substancial. ¡Filosofía de ideas! Qué otra es la de cosas.



El ilustre escritor D. Miguel de Unamuno, que abordará en las páginas de ASTURIAS GRÁFICA temas concretos de historia española en América. Foto. Gombau.